



1

—Nuestro amor durará un año.

—¿Tanto?

—Un año, calculando el sufrimiento.

Y los amantes pasaron del silencio absoluto de su cuarto al estruendo del comedor, en donde ya el dueño de la casa, grave y prosopopéyico, les salía al encuentro con la más vana de sus sonrisas, retirándoles las sillas, y ofreciéndoles la carta de los vinos.

La entrada de la actriz produjo un movimiento general vibratorio, un ligero murmullo de curiosidad.

La noche anterior, después de la última función de la temporada y de varias horas de automóvil, habíase unido a aquel amigo, para reposar con él un mes en aquel paraje de la alta montaña, donde el cólchico de otoño apunta ya en Junio, y en aquel hotel un tanto rústico, decorado suntuosamente por tres incomparables artistas: el salitre, el almizcle y los líquenes.

Se sentó sin mirar en torno suyo, como quien siente náuseas de los alimentos y de las personas. El amigo, en cambio, dibujó una reverencia general y semicircular, a la que respondieron aquí y allá, de las distintas mesitas llenas de rosas y de orquídeas silvestres.

—¿Ya tienes alguna aventura?—preguntó ella, sirviéndose puré con displicencia.—¿Quién es aquella señora sola, que está leyendo?

—Una egipcia.

—¿Auténtica?

—Como un cocodrilo.

—¿Con ese pelo del color de la mostaza?

—Precisamente por eso. Si fuera una imitación, tendría el trastorno de barnizárselo de negro, para la mayor semejanza.

—¿Y qué hace?

—No sé si estudia, o dibuja; ni si se divierte ella o divierte a los demás.

—¿Quién es su amante?

—El más indicado parece aquel señor de la cabeza redonda y colorada como un queso de Holanda; se le ve inflado a cuarenta atmósferas porque posee ricas minas en Suiza, y fabrica un derivado del alquitrán, el nitrobenzoato, que impregna sus ropas de un insoportable olor a almendras amargas; para no sentir ese olor, su mujer viene a veranear a esta misma montaña, pero en la vertiente opuesta.

—¿Y esas tres señoritas, vestidas lo mismo, con siete filas de botones de madreperla, alineadas como teclas de piano?

—Tres hermanas indesflorables: las he conocido este invierno pasado en el Patronato para la rehabilitación de niños antropófagos, y en no sé qué otro lupanar de beneficencia; están más cerca de la menopausia que de la pubertad, y tienen una especie de padre ridículo, que lleva constantemente en la cabeza sombrero duro, para resguardarse de los rayos ultravioleta, y tomar parte en los juegos de sociedad en los que siempre le toca cumplir la penitencia, que consiste en dar tres vueltas sobre un solo pie alrededor de una mesa, o hacerle una grosería a un caballero pacíficamente engolfado en su periódico. ¡Oh! son muy espirituales. Entre todos los cuadros de piedad que observé durante mis bre-

ves paseos por el mundo, uno sólo me causó alegría: ver envejecer a las vírgenes, deteriorarse, destruirse, en la inútil espera de un marido hipotético, como le sucede al avaro, cargado de valores de bolsa, que ve que un día su dinero ya no valdrá nada.

La mujer de teatro se dignó sonreír.

—A mí, por el contrario, me dan lástima—confesó melancólicamente,—aunque yo me pregunto si son más dignas de pena las viejas solteronas, que por atrapar un marido no se han entregado a nadie, o aquellas otras que, por entregarse a todo el mundo, no han tenido tiempo de asegurarse un marido.

Sketch no respondió. Sketch poseía un nombre y dos apellidos; pero como todos los amantes tenía uno especial, de alcoba: Sketch.

La gran actriz, que había llegado muy joven a la celebridad, la mujer que conocía los perfumes de las flores de todos los invernaderos del mundo, porque sobre todos sus meridianos y todos sus paralelos había celebrado, ante muchedumbres magnetizadas, los misterios de su arte, la bella actriz trágica, protagonista de historias y leyendas, con fama de amores lesbianos, acusada de pasiones reales y de espionaje en tiempo de guerra, la hembra que había probado todas las emociones, guardaba un solo deseo, tenía un único suspiro: la casa; una vieja casa de campo, con una gran chimenea, junto a la cual el abuelo, deliciosamente conservador, contase sus extraordinarias aventuras de mar y tierra.

—Todos somos desdichados—observaba en las horas de tedio,—porque todos ambicionamos siempre algo distinto de lo que poseemos. Son felices, quizás, los hombres pequeños, de escasos ideales y de vuelos bajos, que el domingo se van de paseo con su bastón, con la pluma estilográfica bien sujeta al borde del bolsillo, y con su prolífica esposa colgada del brazo. Yo, mujer envidiada, me siento la menos envidiable de todas las mujeres.

—Aquí no hay ya más personas interesantes—re-

sumió Sketch, cerrando el triste paréntesis y pasando revista a los demás comensales.—Nuevos ricos, que se sientan a la mesa de través, que se limpian los labios con el dorso de la mano, que morderían furiosos los mondadientes, proclamando en alta voz que la mejor agua mineral es el vino.

—¿Y aquel jovencito?

—Un señor muy a la moda, un verdadero *dandy*. Tiene una pequeña dificultad en el hablar, y es que le sería muy conveniente lubricarse el centro de Broca; ese pequeño defecto le obliga a decir menos estupideces que las que él quisiera.

—Está devorando con los ojos a su vecina, la señorita sola.

—No le será difícil devorarla también con lo demás; es una ramerilla recientísima; una queridita, a quien le falta la pátina del tiempo.

—¿Quién la mantiene?

—Cada noche se hace echar las cartas, para saber si al día siguiente ha de recibir un giro. Su negocio no está consolidado aún del todo; pero ella posee el sentido de la publicidad: distribuye gratuitamente numerosísimos besos-reclamo.

—¿Has cogido alguno de ellos?

—Hasta ahora, he recogido solamente sus sonrisas-recuerdo. Aquella otra de allá, que hace ejercicios estilográficos en seco con la cucharilla, es una virgen, pero una virgen verdad, la virgen *standard* (1): la virgen de 18 quilates.

—¿La conoces?

—No.

La gran actriz comprendió que aquel «no» tan rotundo era una afirmación encubierta.

El camarero servíales un potaje caldoso, como una novela psicológica, cuando una gárrula voz protestó:

—¡Esto no es un potaje: es una bebida!

(1) Modelo.

La actriz miró disimuladamente a la que acababa de hablar, y dijo luego a Sketch:

—¡Es bastante necia tu virgen!

—¿Mía? ¿Una virgen? No tengo temperamento de iniciador.

Sketch no se daba apenas cuenta de que la insignificante muchacha existiera, y ya su amiga, por su milagrosa intuición de mujer, había descubierto que entre los dos circulaban oscuras y recíprocas corrientes.

—¿Y está aquí sola?

—Sí. Un día vino a verla su padre, hermoso ejemplar humano, rubio como ella, de unos cincuenta años: el tipo del polígamo voluntarioso, enérgico, expeditivo: uno de esos hombres que producen la impresión de que vai a vérselos pronto en el Senado o en la Corte de Asís, y que han pegado sobre sus equipajes los rótulos de los mejores hoteles del mundo, y los sellos de cuarenta aduanas... Y otro día recibió la visita de una mujer buena y panzuda como un azucarero, pero que se apresuró a alejarse en el primer tren.

—¿Y por qué la dejan sola?

—Eso se llama educación inglesa. En cuanto la ves, te parece una niña en la edad ingrata, una «catorce» insulsa.

—O sea, lo que los alemanes llaman *Backfisch*.

—Exactamente.

—Y los americanos «pollo tierno», *spring chicken*.

—Sólo que esa tiene veinte años y no es tonta: no baila y, por lo tanto, no levanta polvo; y tiene el gran mérito de no tocar el violín, ni el piano, ni ningún otro instrumento de tortura.

—En una palabra, que te gusta.

—Tiene una preciosa boca. Parece un sello de lacre.

—Sobre una redomita de bacilos. Tú sientes debilidad por esos cadáveres con permiso, por esos can-

didatos al sanatorio. Para que te guste una mujer ha de tener descarnadas las clavículas.

—La belleza clásica no me satisface. El gran defecto del clasicismo es la salud. Si las innumerables Junos hubieran padecido gástricas y las Venus nefritis, algunas estatuas y algunos lienzos fueran hoy soportables todavía.

—Pero tu virgen no es precisamente una belleza de museo.

—Es bella como todas las muchachas de su edad.

—Eso quiere decir que yo soy vieja.

—No me atribuyas palabras que no digo, ni pensamientos que no cruzan por mi mente.

—Lo piensas y lo dices.

—Fantasías tuyas.

—¡Insúltame encima!

—No levantes la voz. Te están observando.

—Me tiene sin cuidado.

—Y así debe ser: pero cuando se vive en estas pequeñas aglomeraciones...

—Me cisco en las aglomeraciones pequeñas y en las grandes.

—¡Domina tus nervios!

—¡Quien domina sus nervios es que no los tiene. Y en cuanto a esa señorita, no vaya a darte la ocurrencia de presentármela. Debe de ser una de esas provincianas que pierden el tren y se dejan robar el bolso en el tranvía.

El pollo oponía una seria resistencia al cuchillo de Sketch, el cual se apoyaba sobre él con toda su fuerza para descuartizarle los huesos del pelvis y para ocultar además el rostro rojo de cólera. Y como la actriz seguía mortificándole con sus lamentaciones, le suplicó:

—No hagas escenas en público. Si has de abrir un sumario, vayámonos de aquí.

—Eso es lo que deseo.

Y salieron.

La señora egipcia les dirigió una mirada lánguida,

mientras cortaba una hoja del libro con el dorso del cuchillo, para formar esas rebarbas que contraseñan los libros leídos con demasiada avidez o con demasiado fastidio.

—«Bacarrá», ¿a dónde vas?—gritó la semi-rubia ramerilla, no trabajada todavía por el tiempo, para detener a su perro que se iba tras Sketch. Y el can, cabizbajo, jesuítico y largo, volvió arrepentido a su dueña, con aquel andar suyo desvaído y blando de anguila.

—Está bien conservada—dijo el joven *dandy*, cuando la actriz hubo traspuesto el umbral.—Y ha debido de ser hermosa.

—Sí, bajo el reinado de Carlos Alberto,—rebató la ramerilla, inclinándose a atar al indisciplinado «Bacarrá».

Un nuevo rico exclamó:

—No me es desconocida esa cara.

—¡Quizás! La usa desde hace cincuenta años.

—Pues no lo demuestra.

—*Elle a du chien*—sentenció la egipcia.—*Elle a du cran* (1):

El fabricante de nitrobenzoatos alargó una mirada oblicua al joven *dandy*, y al cruzarse las miradas, comentó, con sorna:

—Usted quería música durante el almuerzo; pero hemos tenido algo mejor: teatro.

—Sí: *grand-guignol*. ¡Qué mal carácter tienen los dos!

—¡No lo crea usted!—corrigió el patricio químico, gran frecuentador de proscenios.—Yo los conozco. Cada uno de por sí tiene un carácter dulce, pero cuando se juntan explotan. Son como la esencia de trementina, sustancia inofensiva y la tintura de iodo, sustancia inerte en absoluto; pero se las mezcla... y ¡catástrofe!

—Hay parejas de amantes—suspiró con fúnebre

(1) Tiene ángel aún, pero empieza a chochear.

sonrisa la egipcia trascendental, diafragmando sus grandes ojos de almendra—que sienten la exquisita necesidad de hacerse daño. Es una necesidad de martirio.

Puso el codo sobre la mesa, y enderezando el antebrazo, dobló la mano en ángulo recto, y con el dorso se acarició la sien, alisándose el cabello con las piedras de sus anillos.

La virgen de 18 quilates se marchó fuera. a reirse.

La marquesa (*mí tío el arzobispo... mí cuñado el almirante... el marqués mí marido*) ordenó en un francés aproximado a la impertérrita ama (saboyana, se entiende) que se llevara al marquesito de catorce meses, el cual, aunque ya destinado a la carrera de las armas, no estaba bien todavía que oyese semejantes discursos.

—*C'est abominable, madame la marquise!* (1)—gruñó el ama, llevándose en vilo al marquesito de catorce meses, colorado y rollizo como un gorrinillo del condado de York.

Las tres señoritas indesflorables, aquellas señoritas que habían contado once estrellas once noches seguidas, continuaron sin distraerse su casta conversación sobre la frescura comparada de las fuentes y sobre los setos cargados de frambuesas, las ricas frambuesas de que era tan glotón el tío Bautista, ¡Cómo se hubiese divertido el tío Bautista de haber estado allí!

*
* *

Algún tiempo antes, durante uno de sus paseos de vagabundo, sin razón ni objeto, por las calles de una gran ciudad, había entrado indolentemente en cierta perfumería.

(1) La señora marquesa es aborrecible.

—Desearía un frasquito de esencia.

—¿Para caballero o para señora?

—Para ambos sexos.

Y había cogido la batuta del diálogo, entre el dependiente reverencioso y una señora desconfiada y flemática.

—¿Cuánto cuesta?

—Señora, cuesta trescientas liras, porque es usted.

—¿Y si no fuera yo?

—Doble.

—Pues preferiría pagar doble y no ser yo.

El entonces se aproximó a la hermosa cliente.

—Oiga, señora: un hombre que no baila, ni frecuenta la buena sociedad, ni sigue a las señoras, ni las para en la calle, ni se pone a preguntar a las porteras, ni seduce a las camareras del hotel... ¿cómo debe arreglárselas para conocer a una mujer que le interesa?

—Muy sencillo—respondió la señora, observándole con sus grandes ojos grises, de reflejos amarillentos.—Puede hacer lo mismo que ella.

—Pues bien: yo soy Mauro Mauri, de veintiocho años, buena posición, sin residencia fija, con una pequeña condena condicional por ultraje a un ferroviario, y con reacción Wasserman negativa. Si el modisto, los autores, los admiradores, las funciones y los ensayos le dejan media hora libre, dedíquemela. Quiero hacerle la más respetuosa de mis visitas. No llevo ninguna mala intención.

—Pues si no trae mala intención ninguna, no es interesante. Pero venga usted esta misma noche.

A la mañana siguiente, echándosele al cuello con todo el ímpetu mórbido de su cuerpo desnudo, le hablaba así:

—Tú, chiquito mío, no debes ser para mí una tragedia. Ni mucho menos una comedia frívola. Y de ninguna manera una comedia pesada y larga. Tú serás para mí un acto breve, un poco sentimental y un poco alegre, lo que se llama un *sketch*.

Y él le quedó muy agradecido llamándose así:
—¡Sketch!

*
* *

La existencia tranquila y vana de Mauro Mauri entraba así en una fase imprevista. Viajó él también con la compañía dramática de su amante, de ciudad en ciudad; vivió la vida ficticia y milagrosamente intensa del tablado: aprendió una jerga del lenguaje patrio, se asimiló supersticiones, se metió entre chismes y cuentos, participó en las disputas de camerino, supo cómo se imita el estruendo del huracán, cómo se acortan las narices y cómo se borran los años. Experimentó la emoción de la partida apresurada, al terminar una comedia que ha de repetirse, a la noche siguiente, ochocientos kilómetros más allá; gozó y padeció la alegría un poco ridícula de ser el amante de la primera actriz, ese individuo que no sale del cuarto cuando la dama se viste, que le lleva el perro de paseo, que le juzga y destina las comedias de los noveles, que da información a la prensa y pases de favor a los importunos. El amante de una mujer célebre ofrece el aspecto del guardián de un museo, retratado al pie de un monstruo prehistórico, para que del contraste pueda calcularse la voluminosa estatura del coloso. El amigo de la primera actriz es una especie de príncipe consorte, a quien los de la compañía preguntan con silenciosa malicia y con recriminación socarrona, cuando la dama, más nerviosa que de costumbre, revela un algo de insatisfecha y de insaciada en su condensada feminidad.

Vió cómo las mujeres catastróficas, presuntas volatilizadoras de millones, saben ser tiernas, saben ser niñas, saben ser mujeres, cuando artojan su mutable máscara porque la encuentran pesada e inoportuna. Sufrió el irónico e inexpresivo juicio de la

opinión pública, a la que le disgustaba que él fuese el elegido de la gran actriz, del idolo de los públicos.

—No te preocupes de la opinión pública.—le había advertido ella.—Si te ven con una mujer elegante, eres un explotador de mujeres; con tu mujer, un cornudo; con un amigo, un invertido; si vas solo, un onanista. No hay más que un medio para defenderse de la opinión pública: sufrirla.

La actriz se había abandonado a él con su alma poliédrica, envolviéndolo en sus pasiones de vampiresa, absorbiéndolo con su deseo tentacular, con la sagaz experiencia de su múltiple vida, compuesta de innumerables existencias de falsos personajes que animaba, mataba y resucitaba cada noche en escena. Sketch aprendió que esas mujeres proteiformes, bellas y espinosas, que siembran síntesis de infamia y de esplendor, son capaces de grandes impetuosidades, pero saben también, a veces, inocular la desesperación con la frialdad del loco incendiario, que prende fuego a un henar y se va luego silbando.

Hasta entonces sus amores habíanse reducido a esas mujercitas que salen de la casa de uno sin calma y sin prisa, prometiendo que quizás volverán, y no dejan de sí mismas en casa más que algún cabello enredado en el peine y una huella de polvos en la ropa.

Había desfogado su juventud entre albergues y mansiones amueblados con una pátina de sombra, esos albergues desolados y mortificantes, con olores de ajo, con jabones vulgares y medicamentos sospechosos, donde nos sentimos solos como en un sepulcro, aunque lleguen a nosotros de la habitación inmediata el tintineo de las espuelas de un ordenanza que resopla, o el estribillo de una cancioneta gargarizada; aunque cada uno de los huéspedes que por allí pasaron sobreviva en algo, entre aquellas paredes equívocas, consteladas de clavos escuálidos, de los que cuelgan alternativamente irrigadores y crucifijos.

El amor a la actriz ilustre había sido la revelación desconcertante de un horizonte fantástico, el paso de una juventud estéril a una madurez entre comedias modernas, histriones genialoides y cortesanas intelectuales, que ponían a hervir el agua antifecundativa de su *bidet* en el Fuego Sagrado del Arte. Viviendo en la sublimización de lo absurdo, en la exasperación de lo irreal, hubiese él querido hacer todavía más vagabunda su vida de errante, para multiplicar el espacio, y abreviar las noches con la prolongación de la tarde hasta el alba, en las lívidas luces eléctricas que dejan exangües las mejillas y desfiguran los rostros. El perfume de la femineidad, de la infidelidad, del adulterio, que revolotea en los camerinos de los teatros, exacerbaba su sensualidad cerebral, y todo el artificio escénico le daba la lubricidad de lo falso, la embriaguez envenenadora que deforma las concesiones del mundo, como en las parabólicas visiones de los calenturientos.

La gran actriz había descentrado sus gustos, sus emociones, sus sentimientos, infligiéndoles con sabia perfidia el martirio de la negativa, inoculándoles con insospechada habilidad la tortura del engaño.

¡Cuántas veces, después de la función, despedido por ella con un inapelable «hasta mañana en el ensayo», él pasó y volvió a pasar, trenzando sus nervios, bajo la ventana de la amante, coloreada por una tibia luz que proyectaba sobre las cortinas anónimas sombras agitándose hasta muy tarde! ¡Y cuántas veces, al entrar de madrugada en la habitación de la gran actriz, percibió el olor de tabaco muy diferente al que fumaba él!

—Hoy no como contigo—le anunciaba imperturbable.

Y cierto día en que él quiso dibujar una débil oposición, ella le puso ante los ojos una cuenta del modisto, diciéndole:

—Orchenta y seis mil liras. ¿Las pagas tú?

Después de uno de estos episodios, él desapareció en un tren cualquiera, el primer tren que partía. Pero a la noche siguiente volvió a comparecer en la platea, a aplaudir con entusiasmo de niño, y a coger de nuevo la cadena de las crisis y de los abandonos, de los retornos y de las amenazas, de las locas recaídas, de los implacables deseos, de los celos sangrientos.

La bella amante le envenenaba con lo ilógico de su amor, con la intermitente aberración de sus ternuras, con la fría maldad de sus nervios llenos de corriente de alta tensión. Hoy lo rechazaba sin piedad después de haberle llamado hacia sí con las palabras más serenas de la más dulce amante; mañana lo destrozaba con el describir detalladísimo de su traición, y cuando veía que en sus pupilas se enturbiaba la luz, como en una sombra de naciente locura, le decía con dulzona perfidia:

—¡Chiquillo! si no te he engañado. ¿Por qué no has venido? Me hubieras encontrado sola. Estaba esperándote.

*
* *

Moreno, simpático, de veintiocho años, como se autodescriben en los anuncios económicos aquellos que buscan un «afecto sincero» en la cuarta plana de los diarios, Sketch procedía de una de esas humildes casas en que la llegada de un telegrama es un acontecimiento sensacional que detiene la circulación de la sangre en todos y cada uno de los miembros de la familia, y en donde las visitas, antes de ser introducidas, han de someterse a un minucioso examen y un riguroso interrogatorio, de menos a más, como en espiral. Pero pertenecía, también, a la gran raza de los inquietos, de los irregulares, de los refractarios, de los vagabundos, de esos hombres que van sin sombrero bajo la lluvia,